

cardenales llevaban el nombre del obispado que antes poseían. Como Talleyrand Perigord y Pedro Courson habían sido obispos también de Auxerre, para evitar una triple confusión, el sobrino del Papa pasó á ser obispo de Magalona. De tal modo no hubo confusión mas que entre dos sujetos; pero se añadió el nombre de familia para distinguirse, Talleyrand y Courson. En 1353, á fin de que se respetase la autoridad pontificia en varios puntos de Italia, el Papa mandó allá al cardenal Gil de Albornoz, español.

»Al propio tiempo estalló en Roma una conmoción: se rebelaron contra los senadores Estéban Colonna y Bertoldo Orsini, elevados por el Papa á dicha dignidad, habiendo el pueblo creado tribuno de la ciudad á Francisco Baroncelli, notario del Senado. El Santo Padre dispuso poner en libertad á Nicolás de Rienzi, que prometía restablecer la tranquilidad. Baroncelli encontró la muerte por recompensa de su insensata confianza en el pueblo, y Rienzi fue nombrado senador por el Pontífice. Nicolás juzgó severamente á los principales revoltosos de la ciudad. Pero en 1354 se tramó una conspiración contra Rienzi, y fué asesinado junto al capitolio. Luego de estos acontecimientos, sucediéronse bastantes senadores, y concluyóse creando el pueblo *ricos hombres*, de los que tendremos ocasión de hablar mas tarde.

»Mientras tanto, Pedro, rey de Aragon, fué á Aviñon, y tal como habia hecho bajo el reinado de Clemente VI, juró fe y homenaje á Inocencio por el feudo de Cerdeña y Córcega en conformidad al juramento que habia prestado á Bonifacio, de renovar dicho juramento á cada pontífice y en el primer año de su pontificado.

Inocencio acababa de enviar á Guy, cardenal, obispo de Palestrina, para acordar la paz entre Francia é Inglaterra; pero despues de los preliminares se rompieron las negociaciones por culpa del monarca francés; segun los autores ingleses, y por falta del inglés, segun los franceses, por lo mismo es muy útil recorrer con minuciosidad los anales de la historia, á fin de poder dar la razon al que le es debida, y alabar al que ha hecho bien, reprobando al que ha obrado mal. Lo mas seguro es que habia culpa por parte de ambos príncipes.

En 1354, concedió el Papa á la Germania y á la Bohemia el privilegio de celebrar, el viernes despues de la octava de Pascua,

la fiesta de la lanza y de los clavos, que sirvieron de instrumento para la pasion de Jesucristo.

»La ciudad de Roma manifestaba deseos de paz interior. Albornoz tuvo orden de nombrar magistrados y arreglar los preparativos para alojar, con los honores debidos, al rey de los romanos, Carlos IV, que iba á recibir la corona de emperador.

El rey llegó bajo el mas severo incógnito, el Jueves Santo de 1355, visitó las principales Iglesias de la ciudad, y el día de Pascua fué coronado emperador por el cardenal obispo de Ostia, Pedro Bertrand. Ana, esposa del emperador, fué coronada emperatriz. Venia de Alemania escoltada por 5,000 hombres de caballeria alemana, y mas de 10,000 infantes, vasallos del emperador en Italia.

Este aceptó, el mismo día, una espléndida comida que le ofreció el cardenal y que fué preparada en el palacio de San Juan de Letran. El príncipe marchó luego á pasar la noche fuera de Roma, para obedecer al Santo Padre, que habia mandado, que una vez coronado, el emperador no pasaria un solo día en Roma.

El emperador Carlos IV, es el mismo á quien se le ha llamado *emperador de los clérigos*, á causa de su alianza con la Santa Sede y del respeto que demostró á los Papas. A él se debe la bula constitutiva redactada por el famoso Bartolo, conocida bajo el nombre de *Carolina* ó *bula de oro*, porque estaba adornada con un sello de este metal. Esta es la bula que ha servido de ley fundamental en la eleccion de los emperadores. Jorge Teodoro Dietrich ha escrito sobre la misma *Ab bullam auream*, Francfor, 1558, en 4.º —Hay otras obras acerca del mismo objeto, impresas en Heidelberg, Stuttgard y Jena.

La reina Juana y su marido Luis no habian satisfecho la pensión á la Santa Sede; pero con las vivas instancias del Papa, se pagó y quedó restablecida la buena armonia entre Nápoles y Roma.

Afectado Inocencio con las desgracias del imperio griego, y deseando mas que nunca la union de las dos Iglesias, envió legados á Cantacuzeno, que gobernaba el imperio durante la menor edad de Juan Paleólogo.

Cantacuzeno, que era tan hábil en teología como en la ciencia de la historia y en la política, creyó que tal union no podia efectuar-

se sino ante un concilio general, al que concurriesen los obispos de ambas Iglesias.

Luego que Paleólogo ascendió al trono y gobernó por sí mismo, se obligó bajo juramento á prestar obediencia al Papa, lo mismo que los otros emperadores y reyes católicos, á tributar los honores debidos á los legados apostólicos, y á obrar de modo que los griegos reconocieran la autoridad de la Santa Sede. Al propio tiempo suplicó Paleólogo al Papa que enviase un ejército para reprimir á los turcos y griegos rebeldes. Se firmó un tratado con el obispo de Smirna, Nuncio apostólico. Vinieron cerca de Inocencio embajadores griegos, y éste mandó dos obispos á Constantinopla para fortificar los sentimientos de reconciliación. Pero viendo que tal empresa iba mal, por la perfidia de algunos cristianos que favorecían al Turco, ordenó al rey de Chipre, á los venecianos, genoveses, y caballeros de Rodas, que juntáran en el puerto de Smirna las galeras que había prescrito Clemente VI, para mantener los derechos de la religión.

Al efecto de renovar la paz, tan difícil entre Francia é Inglaterra, envió Inocencio á los cardenales Talleyrand y Capocci. El *Cristianísimo* rey amenazó á Talleyrand con la muerte (Novaes, IV, 157), y rehusó los buenos ofrecimientos del Santo Padre. Sin embargo, sabiendo el cardenal que el rey de Francia, Juan II, había caído desgraciadamente en poder de los ingleses, redobló sus esfuerzos cerca del emperador y sobre todo cerca del rey de Inglaterra. Este, en vista de las instancias de Inocencio, presentadas con mucha dignidad por Talleyrand, trató á su prisionero con generosidad. Cada uno á su tiempo experimentó los útiles efectos del espíritu de conciliación de los pontífices.

Habiendo sido Albornoz llamado á Aviñon, fué recibido con los mas grandes honores. Iban delante de él los cardenales. En pleno consistorio, el Papa llamó á este cardenal *Padre de la Iglesia*.

Faltaba en la Universidad de Bolonia una facultad de teología; fundóla Inocencio, dotándola de los mismos privilegios que disfrutaban las demás facultades.

Existían desavenencias entre Pedro, rey de Aragon, y el senado de Génova, relativas á la Cerdeña y Córcega. Juan, marqués de Monte-ferrato, habiendo sido elegido árbitro por entrambas partes,

falló en favor de los genoveses. Estos prestaron inmediatamente el juramento de fidelidad por la Córcega, que poseían, en manos de Andrés, obispo de Rimini, legado del Papa.

Sin embargo de que no podían soportar autoridad alguna, después de haberlas probado casi todas y hasta la de Lelio *Pocadota*, de profesion zapatero, prometieron los romanos ser fieles á Inocencio. Les envió por gobernador á Hugo de Lusignan, rey de Chipre, que se encontraba entonces en Aviñon. Se respetó algun tiempo á este príncipe, pero no tardaron en reaparecer las conmociones.

Inocencio había probado muchas veces restablecer la paz entre los príncipes, de los que él era el padre comun. Había prodigado generosos socorros durante la peste de 1361, que arrebató nueve cardenales, cien prelados, y que diezmó las poblaciones. Murió á los 12 de Setiembre de 1362, después de haber gobernado la Iglesia nueve años, ocho meses y veinte y seis días.

Fué enterrado en Villanueva en la Iglesia de los cartujos, monasterio que había hecho construir el año 1356.

Inocencio era un gran canonista; amaba la rectitud y la justicia; su vida era ejemplar, su celo por la religión inalterable. Fué demasiado afecto á sus parientes; pero es preciso confesar que los favorecidos se lo merecían. Protegía y quería á los hombres de letras.

Fundó en Tolosa el colegio de San Marcial para veinte estudiantes de la diócesis de Limoges, y su sobrino el cardenal Pedro de Monturc de Donzenac fundó el de Santa Catalina. Se conservan algunas cartas de este Papa en el *Thesaurus* de Martene.

Sucesor de Inocencio VI fué Guillermo de Grimoard, acerca de cuya naturaleza andan muy discordes los autores, siendo lo mas probable que era originario de Limoges, natural de Erisac, diócesis de Menda en el condado de Gevaudan. Siendo aun muy jóven entró en un convento de benedictinos y llegó á ser muy afamado profesor en Montpellier, Tolosa, Paris y Aviñon. Fué vicario general cerca de los obispos de Clermont y de Uzes. Inocencio VI le llamó á Aviñon, y le envió á Nápoles, cerca de la reina Juana, para dirigirla en el gobierno de sus estados después de la muerte de su segundo marido Luis de Tarento que falleció en Mayo de 1362.

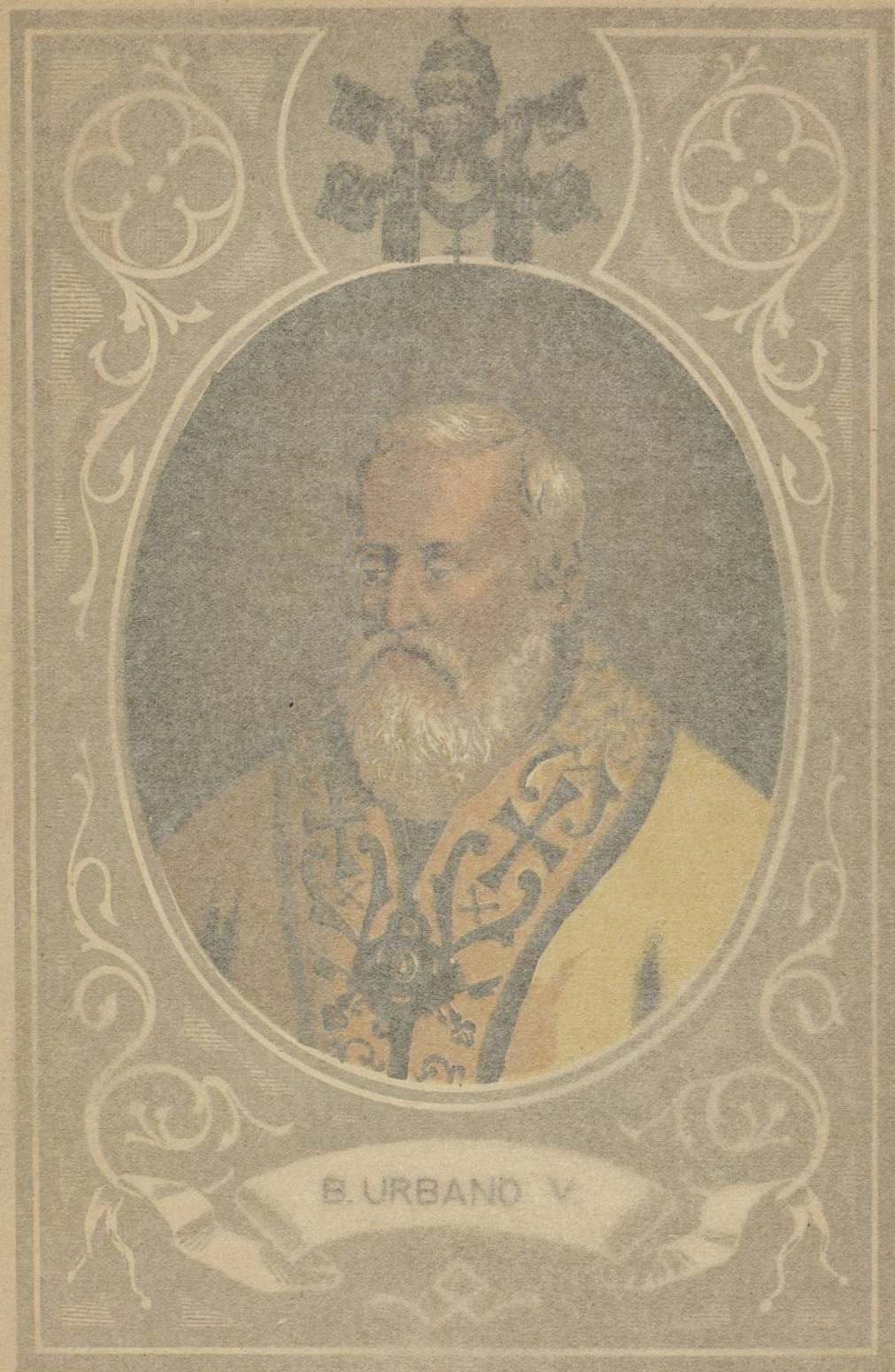
No obstante que no habia obtenido la sagrada púrpura, fué elegido Pontífice el 28 de Octubre de 1362, cuya eleccion no se publicó hasta tanto que el favorecido en ella entró en Aviñon el 31 del mismo mes. Una vez aceptada la tiara, tomó el nombre de Urbano V. Era muy modesto: huía del fausto y de la ostentacion, y no gustaba mostrarse en público, por dos razones: por su humildad y porque miraba la dignidad pontificia, como desterrada en tanto que residia fuera de Roma.

En 1362 y 63, Urbano condenó á Bernabé Visconti, usurpador de muchas tierras de la Iglesia, como infiel, hereje, ateo é impío, y le declaró la guerra. Si en 1364 pareció Bernabé haberse arrepentido, no tardó en entregarse á los furores que hicieron de él uno de los príncipes mas abominables entre cuantos hubo en aquel tiempo.

He aquí ahora los principales trabajos de Urbano V. Organizo una cruzada contra los sarracenos, que debia tener por jefe á Juan II, rey de Francia. El cardenal Talleyrand, obispo entonces de Albano, fué nombrado legado del Papa para esta santa expedicion.

Los cuidados del Pontífice y su vigilancia cristiana, impidieron que estallase la guerra entre genoveses y venecianos. Los genoveses eran excitados á nuevos combates por los candiotas, revolucionados contra Venecia. Con su prudencia habil extinguió la discordia que iba á encenderse entre el arzobispo de Salzburgo y Rodolfo, duque de Baviera. Todos los príncipes de Germania habian tomado en ello parte cada uno por su propio interés. Las representaciones del Papa, hechas al objeto, hicieron aplazar las hostilidades que se preparaban entre Cárlos V rey de Francia y el rey de Navarra, con motivo del ducado de Borgoña, que Juan habia dado á Felipe, y del que dicho rey de Navarra pretendia ser heredero.

Mientras tanto el rey de Aragon, ingrato para con la Santa Sede, se apropiaba las rentas que recogian los delegados romanos, y usurpaba tambien las de los cardenales y beneficiados que residian fuera de sus Iglesias aun cuando tuvieran permiso del Papa. Este para impedir que la libertad eclesiástica fuese oprimida, exhortó el rey con paternales cartas á restituir lo que habia tomado á la fuerza. Le conjuró igualmente para que revocase un edicto



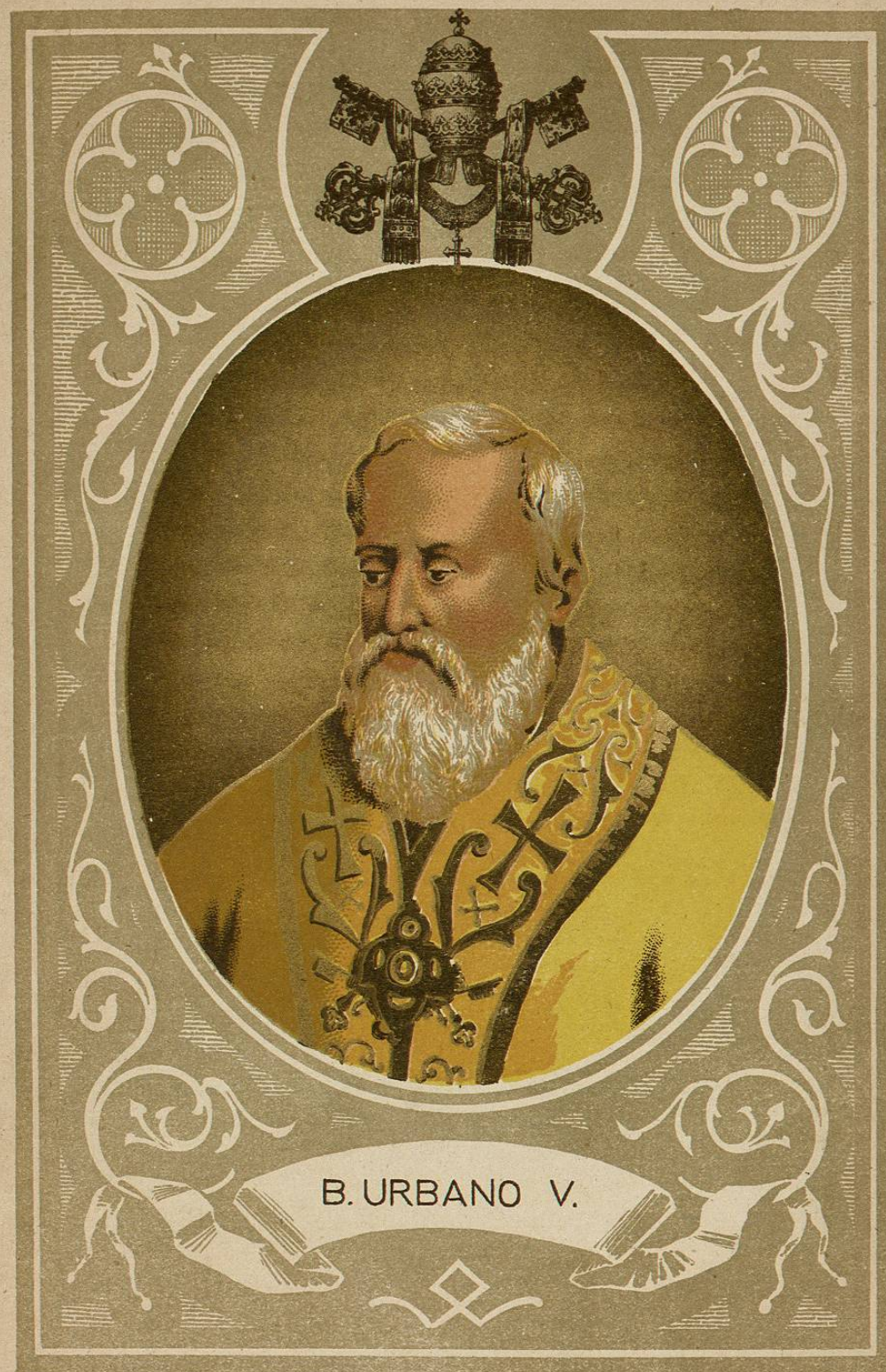
No obstante que no había obtenido la sagrada púrpura, fué elegido Pontífice el 28 de Octubre de 1362, cuya elección no se publicó hasta tanto que el favorecido en ella entró en Avignon el 5 de noviembre mes. Una vez aceptada la tiara, tomó el nombre de Urbano V. Era muy modesto: huía del fausto y de la ostentación, y no gustaba mostrarse en público, por dos razones: por su humildad y porque miraba la dignidad pontificia, como desterrada en aquel que usaba la tiara de Roma.

La Santa Sede condenó a Bernabé Visconti, usurpador de la corona de Sicilia, a ser quemado vivo, pero éste se escapó y se refugió en Nápoles. Bernabé había habido de ser quemado, pero se escapó y se refugió en Nápoles. Bernabé había habido de ser quemado, pero se escapó y se refugió en Nápoles.

He aquí ahora los principales trabajos de Urbano V. Hizo una cruzada contra los sarracenos, que debía tener por jefe a Juan II, rey de Francia. El cardenal Talleyrand, obispo de Albi, fué nombrado legado del Papa para esta santa expedición.

Los cuidados del Pontífice y su vigilancia cristiana, impidieron que estallase la guerra entre genoveses y venecianos. Los genoveses eran excitados á nuevos combates por los cándiotas, revolucionarios contra Venecia. Con su prudencia habil extinguió la discordia que iba á encenderse entre el arzobispo de Salzburgo y Rodolfo, duque de Baviera. Todos los príncipes de Germania habían tomado en ello parte cada uno por su propio interés. Las representaciones del Papa, hechas al objeto, hicieron aplazar las hostilidades que se preparaban entre Carlos V rey de Francia y el rey de Navarra, con motivo del ducado de Borgoña, que Juan había dado á Felipe, y del que dicho rey de Navarra pretendía ser heredero.

Mientras tanto el rey de Aragón, ingrato para con la Santa Sede, se apropiaba las rentas que recogían los delegados romanos, y usurpaba también las de los cardenales y beneficiados que residían fuera de sus Iglesias aun cuando tuvieran permiso del Papa. Esto para impedir que la libertad eclesiástica fuese oprimida, exhortó al rey con paternales cartas á restituir lo que había tomado y le rogó que rogara igualmente para que revocase un edicto



que disponia el arrendamiento de los bienes del clero cuyos titulares estaban ausentes. Respondió el rey que solo habia obrado á impulso de hombres entendidos, y entonces el Papa citó al rey para que se presentara ante la Santa Sede. Urbano reclamaba tambien el tributo convenido, que hacia más de diez años no se habia satisfecho.

A imitacion de los reyes de Francia, Dinamarca y Chipre, en 1369 el emperador Carlos IV pasó á visitar á Urbano. El Papa celebró la misa solemne el dia de Pentecostés, á la que asistió aquel con el manto imperial, cetro y corona.

Carlos, en medio de una numerosa asamblea de testas coronadas, deliberó con el rey de Chipre, Pedro de Lusignan, sobre los medios de restablecer en Asia la fé católica, y extirpar de la Francia é Italia ciertas compañías de aventureros y asesinos que amenazaban acercarse á Aviñon.

La corte con este motivo se sumergió en tal consternacion, que el Papa se vió obligado á readquirir su libertad, mediante la entrega de una gran suma.

El jefe de estos asesinos llamado Arnaldo de Servole, vulgarmente *el Arcipreste*, fué invitado para entrar en Aviñon, y recibido con los mismos honores que si hubiese sido un hijo del rey de Francia. Tuvo el honor de sentarse á la mesa del Papa y á la de los cardenales, y despues de haber dado pruebas de sumision, salió con la absolucion que pidió y merecia, pues que habia prometido no molestar más la corte del Papa de Aviñon, y renunciar á sus rapiñas que de otro modo habrian atraido hácia él la cólera del rey de Francia.

Fué entonces cuando el famoso Petrarca persuadió fuertemente al Papa para que abandonase la Francia y restituyese á los habitantes de Roma la silla pontificia.

Lo cierto es, que antes de este acontecimiento, hecho para imponer el terror en Aviñon, que estuvo cerca de ser tomada, el Papa habia tenido ya intencion de visitar, á lo menos, los santos lugares de Roma. El cardenal Albornoz habia hecho reparar los caminos, y restablecer la autoridad pontificia, ó á lo menos, su influencia, por todos los puntos donde tenia que detenerse.

En 1366, Urbano creó dos cardenales; el primero fué Gil de